

LA AVENTURA DEL SEGUIMIENTO

(DOMINGO XXIII. T.O. Ciclo C)

5 septiembre 2004

"En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; Él se volvió y les dijo: -Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío... Lo mismo vosotros; el que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío" (Lc 14,25-33)

Es como un vértigo. Es como un fuerte huracán. Cuando nos llegan estas palabras del Señor nos desestabilizan. Nos arrastran. Tiran de nosotros. Nos sacan de donde estamos.

Nuestra reacción es defendernos. Pretendemos anclarnos donde nos encontramos para que no puedan con nosotros. Nos aferramos con los pies a la tierra. Recogemos lo que tenemos para que no se nos vuele. Agarramos con fuerza lo que tenemos para que no se nos quite.

Buscamos seguridad. Nos parece que lo bueno para nosotros sería quedarnos donde, como y con lo que estamos. Definitivamente lo propio del ser humano es la seguridad. Nos asusta lo desconocido, lo nuevo. Nos pasa en todo: pensad en la muerte, por ejemplo. Ese salto al vacío nos marea y resulta superior a nuestras fuerzas. Pero nos pasa lo mismo con lo más inmediato: por eso, llegamos a divinizar lo que poseemos... y no somos capaces de prescindir de ello por nada ni por nadie.

Y así nos va. Somos egoístas, insolidarios, acaparadores, conformistas, comodones... En definitiva, personas que no culminamos un proceso, sino que damos la impresión (y creo que es más realidad que simple impresión) de quedarnos como a medias de nuestras posibilidades. Y nuestro mundo no termina de organizarse en armonía, desarrollo, paz...

¿Y si probáramos a dejarnos arrastrar por el viento de la propuesta que nos hace Jesús de Nazaret? A lo mejor ahí estaba la solución, para nosotros, para los demás y para nuestro entorno. Se nos pide un orden determinado en nuestra escala de valores: primero, Dios (Jesús). Luego, todo (todos) lo demás. Por encima de todo, ser. En segundo lugar, tener. Y, desde ahí, dispuestos a la aventura del amor, en libertad, en totalidad, dándonos sin cálculo ni medida ni tiempo y sin condiciones y sin acepción de personas...

Ese es justamente el seguimiento que Jesús nos pide: la aventura de fiarnos de Él, como valor supremo, y la salida a jugar nos la vida donde, cuando, como y con quienes Él nos vaya diciendo. ¿Recordáis a Abraham, recordáis a Moisés...? Así. Dejando todo: casa, familia, tierra, cultura, bienes, situación creada... sin que nos detenga la edad, la salud... con la seguridad que entraña la confianza, con la audacia que regala el amor, con la alegría que concede la entrega... a la búsqueda de un mundo nuevo... señalados por el dedo de los acomodados, ridiculizados por la boca de los satisfechos, ignorados por la vida de los triunfadores, rechazados por los intereses de los poderosos... Pero viviendo de tal manera que el corazón se ensancha cada día más y se hace capaz de no excluir a nadie, el bolsillo se agujerea y no puede retener ni una sola moneda, los pies se aligeran y no evitan ningún camino, la lengua se suelta y se opone a la mentira y a la injusticia y a la violencia y a la desigualdad...

Es lo que hizo Jesús. Si su mensaje nos sedujera, todo (empezando por nosotros mismos) sería bien distinto.

Miguel Esparza Fernández